

EMMANUEL GRAND

FINAL DE TRAYECTO

Traducción del francés de
José Manuel Fajardo



Título original: *Terminus Belz*

Ilustración de la cubierta: Katya Evdokimova / Trevillion Images

Copyright © *Éditions Liana Levi*, 2014

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra*, 2016

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-06-7

Depósito legal: B-10.405-2016

1ª edición, junio de 2016

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

Para Hélène

Su cuerpo aterido estaba pegado al suelo. Inmóvil. Encogido para luchar mejor contra el frío que le agarrotaba los miembros y le paralizaba las articulaciones. Un frío intenso que le había hecho recuperar la conciencia. Había sentido un tejido rugoso contra la piel desnuda. Tenía los pies rígidos dentro de las botas de caucho. Había intentado darse la vuelta, moverse, pero los brazos y las piernas ya no le respondían. Su cerebro enviaba las órdenes, pero allí, en el otro extremo, los pequeños músculos que debían ejecutarlas habían desertado. No era más que una masa inerte y petrificada.

El embotamiento se lo habría tragado enseguida si no hubiera sido por el penoso dolor que no lo abandonaba. Una migraña punzante, que según iba tomando conciencia se hacía más insoportable, como si una bola de billar rebotara a toda velocidad contra las paredes de su caja craneana. La cabeza le pesaba una tonelada y lo atormentaba con saña. La sangre, en las sienes, golpeaba como un torrente de montaña, y cientos de microdescargas eléctricas convergían en la frente para sumirse de forma brutal en una especie de agujero negro. No sentía la cara, ni la nariz, ni las mejillas. Se pasó la lengua por los labios y encontró una costra. Intentó hacerla subir hacia la nariz. Un hilillo de líquido tibio le resbalaba por las fosas. Tenía el gusto a la vez inquietante y tranquilizador

de su propia sangre, mezclado con un repugnante olor a petróleo quemado. Al mover la lengua había notado un cuerpo extraño, pequeño y picudo. Lo primero que pensó fue que había perdido un trozo de diente, pero era demasiado blando. Recordó el aliento, aquel dolor atroz en la frente. El crujido. Su cuerpo que caía al suelo. Después, la oscuridad.

Se aclaró la garganta y escupió en una espesa flema sanguinolenta los pedazos de cartílago que le molestaban en la boca. Su respiración era entrecortada y dificultosa. Aparte de los brazos, que le ardían, y de su rostro tumefacto, no parecía haber sufrido heridas graves. Intentó hacer acopio de sus escasas fuerzas para cambiar de posición, pero su cuerpo se negaba a realizar cualquier movimiento.

—*Bliad!* —maldijo Marko cuando se dio cuenta de que estaba medio desnudo, con la cara ensangrentada y las muñecas y los tobillos atados por sabía Dios qué chalado sanguinario.

Era plena noche, pero adivinaba formas a su alrededor que no lograba identificar. Apareció una luz verde, tan potente como uno de esos grupos de proyectores que iluminan los campos de deporte por la noche. Dibujaba un halo contra el que se recortaba una sombra. Los ojos, empañados e inyectados en sangre, no le permitían distinguir con exactitud sus contornos, pero Marko habría jurado que la sombra bailaba. Una danza macabra, desarticulada. Se retorció, encogía y alargaba como las llamas de una fogata. Giraba, se replegaba sobre sí misma y surgía de nuevo. Sus convulsiones eran aleatorias, sin embargo, Marko tenía la certeza de que no bailaba al azar. «Claro que no, muchachito. Ella no baila al azar, bien lo puedes decir...» Bailaba en torno a él, para él. Luego la sombra se acercó, lentamente, inmensa, zigzagueando a izquierda y derecha hasta eclipsar por completo el halo de luz. Y Marko, sin aliento, en su lucha contra el dolor y el agotamiento, habría jurado que la sombra le resultaba familiar.

MARKO

Karine posó la copa de vino un segundo antes de que le estallara entre las manos y luego cogió otra del fregadero, incapaz de apartar los ojos de la última mesa al fondo de la sala. El tipo que se tomaba el café a sorbos le recordaba la escena de una película que había visto en la tele. Sucedió en un bar, al lado de una carretera en el desierto. Hacía un calor agobiante. Una camarera estaba sentada a la barra. En la penumbra, un tipo de aspecto turbio vegetaba mientras se tomaba a sorbos una cerveza. Se oía el clamor lejano de un partido de béisbol y el zumbido del aire acondicionado. Entonces, el tipo turbio levanta un dedo. La camarera se le acerca con desgana y se planta ante él. Él mete la mano en su chaqueta, saca un revólver, suelta una gilipollez del tipo «Final de trayecto, todo el mundo abajo» y le dispara, así, sin ningún motivo aparente. Zas. La pantalla llena de sangre. La película le había puesto los pelos de punta y cada noche, durante dos semanas, había cruzado el aparcamiento a toda velocidad para llegar a su Peugeot 106. Frank, su chico, llamaba a eso «paranoia», pero, según Karine, era algo que los hombres no podían comprender. Ahora, ese tipo del fondo de la cafetería había despertado su «paranoia». Andaba por la treintena, cazadora marrón gastada, pelo alborotado, mal afeitado. Sujetaba con fuerza una bolsa de deporte azul.

Todavía era de noche. El reloj de pared electrónico marcaba las 06.57 horas. Enfrente, Abdel, el empleado del Relais H, luchaba con la persiana metálica. La estación estaba desierta. Al ritmo de las salidas y las llegadas, era invadida por gente apresurada que iba a tomarse un cafecito antes de volver a partir corriendo. La cafetería se llenaba y vaciaba de golpe, como un lavabo, hasta el siguiente tren. Entre marea y marea había una calma chicha. A las 07.19 horas, cuando el tren a Quimper entraba en la estación, Karine ya había limpiado las mesas con un paño húmedo y encendido el televisor, en cuya emisión de la mañana un yerno ideal y su chica perfecta charlaban de tetas de silicona, máscaras de belleza y trucos de jardinería.

A las 07.55 horas, el tipo de la cazadora seguía sorbiendo el mismo café. Frank le habría dicho que pensara en otra cosa. Sin duda era un colgado. Salvo que los colgados tienen sus rutinas. Y ella a éste no lo había visto nunca. A las 08.00 horas, el hombre se levantó, agarró su bolsa y se dirigió a la barra.

—Quiero telefonar.

Tenía un fuerte acento polaco. Ella había conocido a algunos polacos en el camping de Cotinière el verano anterior. Seguro que era polaco. Le señaló una cabina telefónica en la plaza. El tipo salió. Ella lo siguió con la mirada. La conversación fue corta. Él no habló y colgó enseguida. Hizo una segunda llamada, una tercera. Todas igual de rápidas. Luego volvió a la cafetería, se instaló en el mismo sitio y pidió otro café. Cuando ella se lo llevó, vio que el desconocido hundía la mano en su bolsa de deporte. Pensó en Frank, después en la tele y otra vez en Frank. El tipo sacó un ejemplar del *Télégramme de Brest* enrollado y lo depositó sobre la mesa. Desplegó meticulosamente el periódico y levantó la vista hacia la joven que le había llevado el café.

—Busco trabajo. ¿Lo podré encontrar aquí?

—Ahí o en otra parte... El trabajo no se encuentra a la vuelta de la esquina.

—¿Puedo enseñárselo?

El hombre señaló los diferentes anuncios que había marcado con una cruz. Ella se encogió de hombros.

Pintor de edificios. Morlaix.

Preparación de bases (revoque), aplicación de diversos tipos de pintura, colocación de papel pintado y otros revestimientos de pared.

Grabador de datos. Rennes.

Después de la formación, y en el seno de un equipo restringido (2/3 personas), se encargará de registrar informáticamente los pedidos (congelados y ultramarinos) efectuados sobre catálogo por nuestros clientes.

Vendedores itinerantes.

Importante empresa minorista de *prêt-à-porter* desde hace más de 60 años busca vendedores/vendedoras itinerantes H/M con carnet de conducir, en las cercanías de su domicilio.

Karine tenía dudas, sobre todo en lo referente al último anuncio.

—¿Ya los ha llamado?

—Sí. No responden.

—Son las ocho, es demasiado temprano. Inténtelo más tarde.

El tipo asintió con la cabeza.

—Déjeme ver su periódico.

El hombre le tendió la página que había garabateado. Ella la recorrió en diagonal y se detuvo en un recuadro situado en el faldón.

—Mire, no ha marcado esto. Está cerca de aquí.

Patrón de pesca busca marinero para pesca costera.

Alojamiento, un fijo más una parte de la pesca. Belz.

—Hay que ser marinero, a lo mejor no es una buena idea... —continuó ella.

Sin embargo, el hombre recuperó el periódico y leyó el anuncio varias veces.

—No lo había visto. ¿Belz?

—Es una isla. A una hora en barco.

—¿Una isla?

—Pero hay que ser marinero. ¿Es usted marinero?

—Puedo hacer de todo —respondió el hombre—. Puedo ser marinero. —Una chispa brillaba en el fondo de sus ojos—. Voy a llamar.

—No se entusiasme, el trabajo no está fácil aquí... —le advirtió ella para refrenar la oleada de esperanza que previsiblemente iba a resultar defraudada.

Pero el hombre no la había dejado terminar. Se había precipitado afuera, rumbo a la cabina telefónica.



Hacía diez horas que circulaban. El zumbido monótono y ensordecedor del motor se propagaba al conjunto del remolque. Las cajas de madera y de cartón que se apilaban en él hasta el techo vibraban al unísono. Anatoli, Vasili, Marko e Irina, muertos de cansancio, se apretaban unos contra otros al fondo, escondidos tras la carga. Para salir hacía falta desplazar una decena de bultos, pasar por encima de dos palés y aplastarse contra la pared de chapa. El olor a gasolina y las vibraciones le habían revuelto el estómago a Anatoli. Marko estaba sentado. Irina dormía, acurrucada en los brazos de Vasili. Se la había confiado Ruslan, su padre, para que cuidara de ella durante el viaje.

Ruslan Belanov era obrero metalúrgico en Donetsk, una ciudad industrial y minera del sudeste de Ucrania. Vivía en Octubre, el barrio más infecto de la ciudad, en una casita baja plantada en medio de las escombreras y los altos hornos. Desde la muerte de su mujer, vivía solo con Irina. Natalia había fallecido de un cáncer de

pulmón, como todo el mundo en la cuenca del Donetsk. Ruslan nunca se había resignado a que ella hubiera partido antes que él. Llevaba treinta y cinco años en la fábrica de Yanakievo. Cinco años paleando carbón, treinta en el horno, sudando como una bestia bajo el traje de amianto. Después de todos esos años de respirar polvo de carbón y vapores de ácido, él tendría que haber muerto primero. Era lo que había previsto. Pero al parecer nada sale nunca como se prevé.

Hasta finales de los años ochenta, Ruslan había sido miembro del Partido Comunista, como la mayoría de los obreros de Donetsk. Nunca había sido un militante entusiasta. En esa época, el Partido era sobre todo la mejor manera de no llamar la atención. Luego, el imperio se hundió y él devolvió su carnet, como todo el mundo. Los ciudadanos de la cuenca del Donetsk, que conservaban de la época soviética una tenaz desconfianza hacia todo lo que viniera de Occidente, habían acogido con frialdad el final del comunismo. Durante setenta años había sido la mayor cuenca industrial de la URSS, que era tanto como decir que habían sido héroes. Hablaban ruso, no ucranio. Ruslan, por su parte, nunca había sido un fanático de la revolución comunista. Había llorado cuando cayó el Muro de Berlín y acogido la independencia de Ucrania con benevolencia. Claro que, después de las esperanzas de la gran noche democrática, se había desencantado rápidamente. La revolución Naranja había reemplazado el politburó por los oligarcas. Por lo demás, y para los metalúrgicos de Yanakievo en particular, nada había cambiado. Antes no había de nada. Ahora había un montón de cosas que uno no podía permitirse comprar.

A veces, Ruslan se preguntaba si prefería el mundo de ayer o el de hoy. En el fondo no lo sabía. Con o sin los comunistas, siempre había vivido en la indigencia. Había tomado su propio partido. No entendía nada de economía y sólo algo de política. Así que se ocupaba de sí mismo y de su hija. Cultivaba algunas verduras en un pequeño huerto detrás de la casa y apartaba un poco de

dinero cada mes. Y luego había dejado de fumar. Su único entretenimiento consistía en ver los partidos de fútbol del Shaktar Donetsk en el bar, con sus compañeros. Por lo demás, ni ese mundo ni esa época eran ya los suyos.

La partida de su hija de quince años había sido un desgarrar. Ruslan sólo se había decidido tras largos meses de vacilaciones. Siempre recordaría ese amanecer en el que ella bajó a la cocina, envuelta en su abrigo de lana y tocada con el gorro de flores que él le había regalado por su cumpleaños. La había estrechado entre sus brazos hasta casi romperle los huesos, con las mejillas inundadas de lágrimas. Ruslan sabía que tenía muchas posibilidades de no volver a verla y esa perspectiva le revolvió el estómago. El viaje a Europa era peligroso, controlado por jodidos mafiosos con los que no convenía tener más que el mínimo contacto. Eso también lo había hecho dudar mucho. Pero retener a su hija en Donetsk era privarla de futuro. Ucrania llevaba treinta años de retraso e Irina no tenía treinta años que perder. Era inteligente, curiosa, alegre. No le temía al trabajo y su padre estaba convencido de que en cualquier otro país que no fuera el suyo podría aspirar a algo bueno.

Se había informado de las posibilidades de emigrar. Los visados sólo se daban con cuentagotas. Irina podía inscribirse en una lista de espera y aguardar toda la vida a que la llamasen, o bien apañárselas por su cuenta. Existían redes. Ilegales, a precios exorbitados, pero eficaces. Alex Demianenko había hecho pasar a sus hijos Oleg y Nina por ese medio. Habían llegado a Hamburgo, en Alemania. Trabajaban, tenían una vivienda. En verano iban a bañarse a Sylt. Alex y Petra recibían carta de ellos todos los meses. No era el paraíso, pero era infinitamente mejor que aquello. Ruslan había visto brillar una llamita en la mirada de su hija cuando hablaban de Inglaterra o de Francia, de un trabajo, una vivienda, un coche, quién sabía... Había dudado durante mucho tiempo y había terminado por decidirse. Tenía que correr el riesgo. Por ella. Había bus-

cado vías de escape, redes. A través de Alex y de otros. Luego se enteró de que Vasili Buriak, el hijo de un camarada de Yanakievo, planeaba pasar a Europa. Él lo había visto crecer. Le tenía confianza. Le pidió que tomara a su hija bajo su protección durante el viaje. Irina dejó Donetsk el 24 de enero.

El zumbido del motor disminuyó, después todos fueron proyectados hacia la izquierda. El camión acababa de salir de la autopista. Vasili miró su reloj fluorescente. Marcaba las 22.56 horas. Habían salido de Kiev a las 12.30. Descontando una parada de media hora en una estación de servicio a las 20.04 horas, hacía casi diez horas que estaban en marcha. Debían de hallarse muy cerca de la frontera eslovaca. La verdadera cuestión era: ¿la habían atravesado ya? Vasili había hecho sus cuentas. Se tardaba ocho horas en llegar a Europa. Así que, teóricamente, la habían cruzado hacía dos. Pero en algunos tramos el tráfico había sido muy lento. Se habían detenido muchas veces en la autopista. La aduana podía haberles pasado inadvertida. Ante la duda, había que permanecer vigilantes. Vasili apretó a Irina contra sí.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó Anatoli—. Nos detuvimos hace dos horas para repostar.

—No lo sé. Quizá estén cansados. Quizá necesiten dormir.

—Son dos, pueden relevarse —replicó Anatoli.

—A menos que esto sea la aduana —dijo Marko.

—Me extrañaría...

—Pronto nos vamos a enterar.

—Si la puerta del camión se abre, acordaos de la consigna —dijo Vasili—: nada de moverse, nada de respirar.

El camión giró a la derecha, aminoró la velocidad y aparcó. Sonaron las puertas. Voces extranjeras se filtraban a través de la chapa. Los clandestinos no rechistaron, atentos a los sonidos del exterior. No se oían sire-

nas, ni silbatos, ni tráfico. Si se trataba de un aduanero, estaba solo. Un ruido metálico resonó en el interior del remolque. Después entró una corriente de aire fresco y una linterna eléctrica proyectó una luz amarilla sobre el suelo. Alguien subió. Sin ruido. Se dirigía hacia el fondo del contenedor, apartando cajas, pasando por encima de los palés.

—Parada para mear. De uno en uno. Tú, sígueme.

Era el conductor. Un rumano con aspecto de lanzador de peso. Había señalado a Marko, que intercambió una mirada con Anatoli y Vasili antes de ir tras él.

Estaban en un área de descanso de la autopista. Desierta. El aire era fresco. Daba auténtico placer respirarlo y desentumecer las piernas. Se alivió contra un árbol y volvió a subir al camión. El chófer permaneció en la parte trasera, pegado a la chapa.

—Dile al rubio alto que venga. De uno en uno. Sin bromas, ¿eh?

Marko asintió con la cabeza y unos segundos después salió Anatoli, luego Irina, acompañada por Vasili. El conductor tiró su cigarrillo detrás del camión.

—He dicho de uno en uno.

—Yo la acompaño.

—De uno... en... uno.

—Ella está bajo mi protección durante todo el viaje. Lo acordamos así.

—De uno en uno, o si no ella no sale.

Irina miró a Vasili con grandes ojos suplicantes.

—¿Estás segura?

Ella asintió y Vasili la dejó salir de mala gana. Como se quedó en la trasera del camión, el conductor le hizo seña de que reculase.

—Entra.

—No. Yo cuido de la pequeña. Me quedo aquí y usted deja la puerta abierta.

El rostro del rumano no mostraba ninguna emoción. Se limitó a apuntar a Vasili con un revólver.

—Al fondo. Ya.

Vasili cumplió la orden caminando hacia atrás. El conductor cerró de golpe la gran puerta del remolque. Vasili protestó golpeando varias veces la pared de chapa. Anatoli y Marko acudieron de inmediato.

—No he debido dejarla.

—No te preocupes. Ya no es una niña.

En el mismo momento en que pronunciaba esas palabras, Anatoli se dio cuenta de la barbaridad que acababa de decir. Los tres hombres se miraron, impotentes. Eso era exactamente. Una niña. Una niña que había pasado la mayor parte del viaje apretada contra el pecho de Vasili. De repente, los hechos encajaron. Habían aparcado en un área de descanso de la autopista, habían abierto la puerta, Vasili había dejado salir a Irina y ellos habían vuelto a cerrar la puerta... Vasili comprendió que había cometido una torpeza monumental. Hervía de rabia, mientras golpeaba la chapa vociferando. Irina... ¿qué diablos podía hacer ella?

—Vasili...

Marko, con la oreja pegada a la pared del fondo, apretaba los ojos para escuchar mejor. Anatoli y Vasili corrieron a pegar la oreja en el mismo sitio, mientras contenían la respiración. Se les heló la sangre en las venas. Se les desencajó el semblante. Llegaban gritos provenientes de la cabina. Gritos agudos, entrecortados, mezclados con llantos y chirridos regulares, tapados de vez en cuando por roncós gruñidos.

Vasili golpeaba con todas sus fuerzas contra la pared mientras gritaba:

—¡Maricón! ¡Cerdo! ¡Te voy a matar!

Luego dejó de gritar para ponerse a rebuscar en el camión, en los paquetes, por todos lados.

—Ayúdame, Anatoli. Busca cualquier cosa. Lo que sea. Hay que salir de aquí.

Desgarraban los cartones, pero no desembalaban más que camisas, pantalones y lencería.

Por fin, en un intersticio, debajo de una trampilla de aluminio, Anatoli encontró una barra de hierro, un gato,

una maza y un maletín de herramientas. Encima tenía escrito con letras amarillas: «SAFETY KIT.» Sacó la barra de hierro y se la ofreció a Vasili.

—Marko, ven a ayudarnos.

Se precipitaron hacia la salida y los tres se pusieron a hacer palanca con la barra. En cinco embates consiguieron doblar el batiente, lo justo para sacar la mano y abrir el portón de metal, que cedió chirriando.

Los tres hombres saltaron fuera del camión. Vasili sostenía con firmeza la barra de hierro. Anatoli había cogido la maza y Marko, la manivela del gato. Caminaron al lado del vehículo sin hacer ruido, en la noche oscura y silenciosa arañada por fognazos de faros y rugidos de motores. Vasili y Anatoli iban por el lado del copiloto, Marko por el del conductor. El camión tenía los faros apagados. Sólo la cabina estaba iluminada. El llanto de Irina era perfectamente audible ahora. Vasili se quedó paralizado. Cabrones. Malditos cerdos. Lo iban a pagar. Lo iban a pagar caro. Había que mantener la calma, por Dios que debían hacerlo... Si no, serían ellos los que acabarían en una fosa, con una bala en la cabeza. Pero no había vuelta atrás. Estaban decididos, había que llegar hasta el final costara lo que costase. La cabina, con suspensión de muelles, se agitaba y los dos hombres distinguían ahora la nuca del conductor mientras éste se ensañaba con su presa.

A Vasili, la barra de hierro se le escurría entre las manos húmedas y, a medida que se aproximaba a la parte delantera del camión, su coraje menguaba. Hacía un momento, habría golpeado como un loco, pero ahora el corazón se le salía del pecho y las piernas le flojeaban. Esos cerdos seguro que no eran principiantes y el combate no estaba ganado de antemano. Se secó las manos con el pantalón. Iba a haber sangre. Joder. ¿En qué puto lío iba a meterse? ¿Qué hacía él en aquella área de descanso de la autopista desierta, en plena noche, en medio de ninguna parte, al lado de dos fugitivos muertos de miedo, preparándose para partírles la cara a dos gánsteres armados hasta los

dientes? Mierda. Las cosas no tendrían que haber sido así. No estaban en el cine. Él sólo trabajaba en un almacén. Ponía cajas en las estanterías. Era su oficio. Un oficio inofensivo. Como él mismo, por otra parte. Siempre había detestado la violencia. Los combates, la revolución, eso no era para él. Prefería mantenerse al margen. Además, si estaba allí era para escapar, ¿no? Marcharse, cambiar de país, empezar de cero. Pasar la frontera, esconderse, ése era el plan... Partirles la cara a unos mafiosos, no. Él nunca lo había hecho. No sabía nada de eso. Mierda, mierda, mierda... Había que parar aquello. Todavía estaba a tiempo. Quería regresar a su casa. «Que se joda Europa. Que se jodan los seis mil euros.» Él no tenía nada que ver con aquella historia de chiflados. ¿Por qué seguía allí, como un gilipollas?

—Vasili...

Detrás de él, Anatoli musitaba su nombre sin obtener respuesta. Vasili se había quedado sordo y mudo. Había que tomar las riendas de la situación. Anatoli adelantó a su compañero y acercó el brazo a la portezuela del camión. No tenía ningún plan. Marko debía de estar al otro lado... ¿Qué tenían que hacer ahora? ¿Quién se lanzaba primero? Anatoli tenía la garganta seca. Le escocían los ojos. Había que pensar rápido. Actuar todavía más rápido. Y, sobre todo, no liarse. Entornó los ojos y respiró hondo. Armar jaleo... para advertir a Marko. Eso era. Abrir la puerta y gritar. Eso los sorprendería y Marko sabría que él había entrado en la cabina.

Empuñó firmemente la maza con la mano derecha, agarró el picaporte de la portezuela y echó un último vistazo a Vasili, que parecía tan petrificado como un bajorrelieve de la catedral de Santa Sofía. Anatoli tomó aire y lanzó un golpe seco.

En un abrir y cerrar de ojos, la escena quedó en suspenso. Borrosa, como una polaroid mal tomada. Irina, con la ropa medio arrancada, aplastada contra la banqueta. El conductor, de rodillas sobre el asiento, con el pantalón bajado, una mano sobre la cabeza rubia y la otra

sobre el volante. Su cómplice, que sujetaba las piernas de la muchachita, miraba fijamente al fugitivo con una expresión de estupor que lo desfiguraba.

Con el brazo en alto, Anatoli lanzó un alarido extraño. Un alarido interior que se propagó por todo su cuerpo, revolviendo sus vísceras, golpeando contra sus huesos, sin conseguir salir. Un alarido mudo. Así Marko no iba a enterarse. La lamparilla de la cabina coloreaba la escena con un velo amarillento. Fue Irina, con la boca libre del sexo del violador, la que gritó primero. Anatoli dejó caer la maza a sus pies y se precipitó sobre el conductor, agarrándolo por los hombros. Detrás de él, Vasili, despertado por el grito de Irina, lo imitó y tiraron los dos, desequilibrando a su adversario. Enfrente, el otro cerdo manoteaba en el aire, lanzando maldiciones en rumano. Acurrucada, Irina sollozaba mientras Anatoli y Vasili se echaban hacia atrás, arrastrando en su caída al conductor del camión. El otro estiraba el brazo hacia la guantera, intentando abrirla con dedos temblorosos. Marko alzó la manivela, pero ésta se le escurrió de las manos. Se lanzó sobre la espalda del mafioso, sujetándolo con todas sus fuerzas. Sin embargo, éste, más fuerte que él, se volvió y le mordió la mejilla. Marko gritó. El hombre liberó una mano, luego la otra. Marko sintió una garra que subía por su espalda y se dirigía a su cuello. No sabía cómo actuar. La manaza se acercaba a su garganta. Se sentía cada vez más acorralado. Se ahogaba. Gritar... Ahora... Rápido... La presión aumentó contra su nuez. Poco a poco, su adversario se iba levantando. Entonces se oyó un crujido sordo y un chorro de sangre salpicó a los dos hombres.

Sobre la banqueta, Irina sostenía en la mano la manivela del gato, que había recogido y abatido con todas sus fuerzas contra el hueso parietal de su agresor. El tipo bramó. La sangre brotó de su cabeza y se escurrió hasta su boca, luego se desplomó. Marko acercó la mano a la muchacha, que se apartó de él instintivamente. Ella no conseguía respirar y sus alaridos habían cedido el lugar a unos espasmos entremezclados con sollozos.

Fuera, sobre el asfalto hundido de la zona de estacionamiento, Anatoli y Vasili habían conseguido neutralizar al conductor del camión. Lo habían inmovilizado en el suelo y lo sujetaban con firmeza por los brazos y los muslos. Cuando una sombra se aproximó a ellos con paso lento, no la reconocieron de inmediato. Su rostro, la cazadora, sus manos estaban cubiertos de sangre. En la izquierda sujetaba un revólver.

—Apartaos. Y tú, levántate.

Marko apuntó con el arma al conductor, que alzó los brazos.

—Quítate esa ropa.

Vasili corrió a la cabina en busca de Irina. El conductor se despojó el pantalón sin apartar la mirada de Marko.

—Muévete. No tenemos toda la noche.

El tipo se desvistió completamente.

—Anatoli, coge su ropa y métela en el camión. Tú, ve delante.

Marko apuntaba al chófer, que marchaba protegiéndose el sexo con las dos manos. Lo llevó al otro lado del camión, donde yacía el cadáver de su cómplice.

—Échate sobre él.

Como no se decidía, le apoyó el revólver en la sien y el mafioso obedeció con una mueca de repugnancia.

En la cabina, Vasili sujetaba a Irina entre sus brazos.

—¿Y ahora? —preguntó Anatoli.

—Ahora nos piramos —respondió Marko—. ¿Tú sabes conducir ese cacharro?

—No.

—Yo sí puedo hacerlo —intervino Vasili—. Cerrad la puerta del remolque. Ayudo a Irina a vestirse y nos sentamos los cuatro delante.

—¿Y ellos?

—Los dejamos ahí —respondió Marko, poniendo en las manos del conductor la ensangrentada manivela del gato.

Los cuatro ucranios se instalaron en la cabina. Marko seguía apuntando al conductor.

—¡Mierda, mirad!

Anatoli sacó de la guantera un sobre marrón lleno de billetes de banco.

—Es nuestra pasta. Lo que pagamos por el viaje. Veinticinco mil euros... Está todo aquí.

Anatoli devolvió el sobre a su sitio. Vasili arrancó, metió la primera y el camión se puso en marcha. Mientras se alejaban lentamente, Marko, asomado a la ventanilla, mantuvo en el punto de mira al conductor, que seguía echado encima del cadáver, hasta que ambos cuerpos se convirtieron en un solo punto blanco en medio de la negrura de la noche.

•

—¿Sí?

—Llamo por el anuncio.

—...

—¿Hola?

—Sí... —respondió una voz gangosa que parecía recién despertada.

—¿Es usted el que está buscando un marinero?

—Sí, soy yo. ¿Ha navegado ya?

—Sí. En Pírgos, en Grecia.

—¿Es usted griego?

—Sí. Griego.

—¿Trabajó en algún barco de pesca?

—En un barco-factoría.

—¿Está solo?

—Sí.

—¿Mujer, hijos?

—No.

—Estoy buscando a alguien para tres meses, por lo menos. Luego veremos... Ya ha leído el anuncio. Una parte de la pesca, más quinientos euros al mes, alojamiento y comida.

—De acuerdo.

—¿Dónde está usted?

—En la estación de Lorient.

—¿Cuándo puede venir?

—Hoy.

—Bien... Hay un barco a las dos. ¿Puede tomarlo?

—Sí.

—Entonces, nos citamos en el puerto. Pregunte por Caradec.

El hombre colocó lentamente el auricular en la base. No acababa de creérselo. Todo había ido muy rápido. Sin ninguna pregunta. No obstante, él había preparado un cuento: su experiencia como pescador en el barco-factoría, Grecia, el Mediterráneo... Pero no le había hecho falta. Quizá su suerte estuviera cambiando. Salió de la cabina y se precipitó hacia la cafetería curvando la espalda bajo la lluvia que ametrallaba el aparcamiento.

El tren de las 08.22 horas iba a partir del andén cuatro y los viajeros que estaban atrasados vaciaban sus tragos a toda velocidad o salían de la cafetería con la boca llena. Karine le llevó otro café al desconocido.

—¿Y bien?

—Está de acuerdo.

—¿En serio? ¿Ha funcionado?

—Sí. Tomo el barco de las dos.

—¡Uau! Debe de estar hecho a su medida. Porque, normalmente, un empleo no se encuentra así, con un telefonazo. Mejor para usted.

A su medida. Exacto. Tal vez fuera eso. Él era la pieza que faltaba. Ese Caradec había montado un puzle al que le faltaba una pieza. Hacía días que la buscaba y, gracias a una llamada telefónica providencial, al fin la había encontrado... El hombre soltó una carcajada. Seguro que el tipo las estaba pasando canutas y estaba dispuesto a aceptar a cualquiera con tal de que le echara una mano. «No se sentirá defraudado cuando me vea en acción...», pensó él, que no había puesto más que tres veces el pie en un barco.

—¿Es un CI? —preguntó la camarera, que no salía de su asombro.

—¿Un qué?

—Un contrato indefinido. Un empleo de verdad.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Por cuánto tiempo se ha comprometido?

—Por tres meses.

—Entonces no es un CI. Tenga, su café.

Karine se quedó plantada delante de él, pensativa.

—Ya verá, Belz... Es un lugar un poco especial.

—¿Especial?

—Sí, no quiero ser aguafiestas, pero...

—¿Qué?

—A veces ocurren cosas un poco extrañas... En fin, eso es lo que dicen.

El hombre removía el café con la cucharilla.

—¿Qué cosas?

—Cosas difíciles de explicar... Porque cuando uno las cuenta, puede parecer fácilmente un chalado. —La camarera bajó la voz de forma imperceptible—. Un día, encontraron a un chaval despachurrado por un peñasco. En medio de un campo. Y eso que nunca había habido un peñasco en aquel campo. Ahí está el quid... Nadie ha conseguido dar con una explicación válida. Y luego, hace tres años... un gran pesquero de arrastre encalló en la costa Salvaje. Han corrido ríos de tinta al respecto en el *Ouest France*. Debía de haber veinte marineros a bordo del barco. Pues bien, no encontraron a nadie. Ni un solo cuerpo. El barco se había metido en una cala. Tendrían que haber hallado los cadáveres en la playa. Pero ¡qué va! Se sumergieron con botellas de oxígeno y todo. Nada de nada. Un barco fantasma.

El hombre había levantado una mirada dubitativa hacia la camarera.

—Eso es Belz. Tienen una especie de gafe. La llaman «Enez Ar Droc'h». Que quiere decir «la isla de los locos». Pero bueno, usted no es del lugar. Eso no le concierne.

Él vació la taza de un trago. La pobre chica era una completa mitómana. A fuerza de dar vueltas todo el día en aquella pecera de cristal, se montaba películas imposibles.

—Me voy ya.

—¡Suerte con el trabajo!

—Gracias.

El hombre estaba recogiendo sus cosas cuando la camarera le tendió la mano.

—Por cierto, me llamo Karine.

—Marko.

Le estrechó la mano y abandonó la cafetería.



A mediodía, Marko descendió por el paseo de Chazelles. Un recorrido largo y siniestro como un almirante retirado. La lluvia intensa había cedido su lugar a una llovizna insistente. En la grisura, las fachadas de las casas parecían todas iguales, como si sus colores se hubieran escurecido y las alcantarillas se los hubieran tragado. Tras los escaparates de los escasos comercios se intuían siluetas inmóviles, sombras irreales. La ciudad parecía deshabitada. El joven apretó el paso sobre la acera de adoquines de cemento prefabricados. Karine le había dicho que calculara una media hora para llegar hasta el embarcadero. Sólo media hora y estaría fuera de peligro.

La isla de Belz era, pues, su nuevo destino. Había que tener cara para ir a refugiarse a una isla y aquello era precisamente lo que le gustaba. Con el cristo que habían montado en la autopista, sus compañeros y él tendrían muy pronto a toda la mafia rumana pisándoles los talones. Y si los encontraban era poco probable que les regalaran un ramo de flores. Había estado dándole vueltas al problema y no tenía más remedio que constatar que estaba metido en una trampa que, un día u otro, terminaría por cerrarse. Sólo había una salida: hacerse pequeño, delgado, de modo que cuando llegara aquel día pudiera escapar por la malla de la red.

Mientras Marko caminaba por el bulevar a paso rápido, un automóvil avanzaba a poca velocidad detrás de él, guardando la distancia.

«Lo tienes perdido de antemano, no das la talla...»

Otra vez aquella vocecita nasal que le susurraba mierdas al oído. Siempre tratando de hundirlo. Antes de abandonar Odesa, le decía: «Un timo, te van a robar la pasta. Te dejarán tirado en un aparcamiento de Rovno.» Había continuado en el camión: «¿Adónde crees que vas, aquí, en este vagón de ganado? ¿Hacia el Nuevo Mundo? No, amigo mío, vas al matadero. Muy pronto van a detenerse, harán bajar a todo el mundo y ¡ra-ta-tá!... fin del cuento.» Cuando salieron del camión, cagados de miedo, la voz no se había acoquinado: «¿Dónde te crees que estás, con tu estúpida manivela? ¿En una película? Esos tipos van armados hasta los dientes. Son asesinos. Van a haceros picadillo, a ti y a tu panda de aficionados.» Y allí seguía, cuando ya casi acariciaba su objetivo: «Crees que puedes esconderte en esa isla de locos. Los rumanos también saben tomar un barco... ¿Y los polis? Basta que te pongan la mano encima y, listo, regreso a la casilla de salida.» Qué perra.

En el fondo, él ya sabía todo aquello. La vocecilla podía ser una zorra empedernida, pero a veces —«bastantes»— tenía razón. El área de descanso de la autopista lo atormentaba. Volvía a revivir aquella noche, los gritos, los golpes, la sangre. No obstante, habían logrado zafarse. La llegada a Francia, el viaje en tren sin ningún problema y ahora aquel trabajo conseguido con sólo una llamada... Todo aquello llenaba a la voz de rabia, porque él había ganado ventaja, en aquel momento era él quien marcaba el ritmo.

«Y un carajo; agárrate, que vienen curvas...»

Marko avanzaba hacia el bulevar de Maréchal-Joffre. El semáforo había permanecido en verde durante horas, pero, al acercarse, pasó al amarillo y después al rojo justo antes de que él cruzara. Marko se detuvo al mismo tiempo que el coche de policía, que le había dado alcance y ronroneaba sin dejar de barrer la lluvia con los destellos azules de su sirena.

Mientras descolgaba el último cuadro, el comisario Philippe Bertrand iba repitiendo lo que había escrito para despedirse de sus colegas. La foto del *Belem* y la reproducción de los *Acantilados de Étretat*, de Monet, habían dejado en el lugar que ocupaban unas manchas claras y rectangulares, que aparecían sobre las paredes de su despacho como estigmas de todos aquellos años transcurridos tan deprisa. Treinta años de carrera. Treinta años al servicio de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. Aunque, bien pensado, no creía haber dedicado a la Fraternidad más de seis meses de aquellos treinta años. La Libertad y la Igualdad, en cambio, se habían llevado una buena tajada, digamos que diez años. El resto, la parte del león, había estado consagrada a hacer subir las probabilidades electorales de los sucesivos ministros de turno y de su cohorte de lameculos, que siempre andaban dando lecciones...

Bertrand recogió los marcos de madera con las fotos de sus nietos y los metió en una caja de mudanzas. Había pensado en la jubilación. Todo el mundo piensa en ella vagamente. Uno sabe que le llegará. Y luego, le llega. Y no se lo cree. Él no se lo creía. Si todavía se encerraba a veces en su despacho, con los auriculares del reproductor de MP3 hundidos en las orejas, a todo volumen, e imitaba la guitarra de Steppenwolf en *The Pusher*. Si aún se le iban los ojos tras la grupa de las muchachas, incluso cuando al mirarlas de arriba abajo no quedaba más remedio que reconocer que ya se les notaba la edad. Si nunca le hacía ascos a una buena curda de cerveza con los compañeros... Jubilado. Muchas veces se había preguntado qué pasaba cuando uno se hacía viejo. En cuanto al cuerpo, tenía una idea bastante precisa, pero con respecto a la cabeza... Él se sentía joven, no de veinte años, digamos que de unos cuarenta, y desde luego no en edad de jubilarse. ¿Qué ocurría a los sesenta años? ¿Por qué los viejos chocheaban? ¿Por qué su mundo se encogía? ¿Cuál era el primer deseo que desaparecía? Aquella tarde del 31 de enero, mientras cerraba las últimas cajas y se disponía a unirse a sus compañeros en su brindis de despedida, comenzaba

a intuir la respuesta a la pregunta que no cesaba de mortificarlo. La jubilación no avisa. No hay signos premonitorios. Ni bocinas en la niebla. Un día como cualquier otro, uno se despierta temprano y se da cuenta de que a las 16.30 horas se convertirá oficialmente en «jubilado de la función pública».

•

Marko estaba paralizado. Hacía un esfuerzo enorme por pensar en otra cosa, se imaginaba en los brazos de Karine o corriendo por la playa de Langeron, en Odessa... Lo que fuera con tal de no mirar el coche que estaba parado a dos metros de él. Pero sus latidos seguían el ritmo de los limpiaparabrisas que despejaban el vidrio con un ruido de lavadora. Tenía que conservar la calma. El semáforo se pondría verde. Eso seguro. ¿Y si los polis salían del coche? Tenía un plan: echar a correr...

El policía uniformado se había inclinado hacia el salpicadero. Su colega sujetaba el volante del Renault Scénic mientras bostezaba.

—Mira a ese gitano.

—¿A quién?

—Al tipo que espera en el semáforo. Te apuesto algo a que no tiene papeles.

—Déjalo estar.

—Espera, voy a comprobarlo.

—Tenemos mejores cosas que hacer, volvamos.

—Son dos segundos.

El poli se estiró el uniforme y salió bajo la llovizna. Se oyó el crepitar de la radio.

—Vehículo mil cuatrocientos veintidós...

—Sargento Dupire, escucho...

—Laurent, ¿estás con Jean-Steph?

—Afirmativo.

—¿Qué coño hacéis, muchachos? Estamos esperándoos.

—Estamos en el paseo de Chazelles. Jean-Steph ha salido para un control de identidad.

—¿Hay algún problema? ¿Necesitáis refuerzos?

—No, no. Sólo es que ha visto a un tipo que no lo convence...

—¿Os estáis quedando con nosotros, chicos? ¡Ya hemos descorchado las botellas! El viejo va a comenzar el discurso. Ha pedido que todo el mundo esté aquí. ¡Presentaos, y rápido!

—Recibido.

En la acera, el poli de uniforme gesticulaba ante Marko, que permanecía tan tieso e inexpresivo como un poste de teléfono.

—¡Jean-Steph! —gritó Laurent al volante del Scénic.

—¿Qué?

—Regresamos.

—Espera...

—¡Es una orden!

El poli reculó agitando las manos. Marko respiraba con lentitud. ¿Qué era lo que le había pedido el poli? Lo ignoraba. ¿Qué lo había hecho partir? No tenía la menor idea. Se había sentido como si se sumergiese a pulmón libre, prisionero de un cuerpo que ya no le respondía, mientras el tipo uniformado le vociferaba un chorro de palabras que no lograba distinguir. No había puesto en práctica el plan. El poli había salido del coche, él debía escapar a la carrera. Sin pensárselo. Sin detenerse. Maldita fuera, su libertad pendía de un hilo. Tenía que seguir el plan. Marko sujetaba firmemente con las manos mojadadas las asas de la bolsa de deporte. Tenía que reponerse. Estaba en un país hostil y no podía permitirse errores. Apretó los dientes y aceleró el paso mientras cruzaba el bulevar.